

los del bien ser de la misma esencia. Lo conseguido es mucho y mucho lo por conseguir que van a dar a la mar, de manera que luz y taquígrafos y unas previsiones concretas, como mínimo, hasta el año 2500, aunque sin cometer la locura de no establecer para más adelante unas líneas generales de actuación.

¿Qué va a ser de nuestros tataranietos? He aquí una cuestión a la que debemos enfrentarnos con todo rigor, con toda energía, con

toda la capacidad de creación de que nos hemos mostrado capaces hasta la fecha.

Prever el futuro es afirmar el presente. Afirmar el presente es valorar en toda su grandeza el pasado. Sin volver la cabeza atrás, tenemos la posibilidad de ser estatua de sal que anda y anda y la andadura, singladura, edad madura. El futuro es nuestro. Mira macho, aquí lo tengo, sólo le doy alpiste y lechuga, pero ya verás como canta. ■ **CANAVERAL.**



EL ANTIDESARROLLO DE LOS NUMEROS ROJOS

No es desarrollo todo lo que re-
luce, a pesar de que los discursos
versan exclusivamente sobre lo
bien que estamos y lo mejor que

vamos a estar. Y como nadie hace discursos triunfalistas sobre las empresas públicas y privadas que van de cráneo, en plan de desastre total, vamos a hacerlo nosotros. Así que discurso al canto y leña al mono que es de goma y no se entera:

Señoras y señores: gracias a nuestra madurez y a nuestra cosa hemos conseguido que vayan de cráneo un mayor número de empresas que en cualquier país europeo. Si Europa es crisis, y quiebra, y números rojos, aquí somos más europeos que nadie, como está archidemostrado. Aunque agentes a sueldos de potencias extranjeras señalan aviesamente que nuestra economía va de rosas, he de confesarles que la cosa está fatal, gracias a todo lo que hemos dicho, así que ya pueden ustedes empezarme a aplaudir. (grandes aplausos y gritos de «Marcial, tú eres el más grande».)

No nos vamos a meter en esta hora histórica a hacer recuento de pequeñas pérdidas que nada indican. Dejemos para los cantores del arroyo claro y para los inasequibles de la fuente serena las pérdidas inferiores a los cien millones de pesetas, y vamos a quedarnos con las grandes magnitudes que marcan la trascendencia histórica de nuestra hora. (Más aplausos, que son gratis).

Señoras y señores: trece empresas, trece, han perdido en 1974 hasta el chaleco, si por **chaleco** entendemos balances negativos superiores a los cien millones de pesetas. De los 4.750 millones de pérdidas de Renfe—la que más se ha esforzado por el camino de la superación de sí misma—, hasta los 127 millones de Fasa-Renault, podemos hoy estar tranquilos y contemplar un horizonte lleno de números rojos: 4.491 millones

DON BLAS, AL MUSEO DE CERA

EL espíritu ese de la reconciliación, que ya me tiene harto, porque me obliga a reconciliarme mañana, tarde y noche, me lleva a tratar de comprender a don Blas Piñar. Para mi es como si hablase chino, de todos modos. Pero, en fin, he aprendido chino. Desde luego el señor Piñar no es un ganapán de la política, no pertenece al coro de los truchimanes. Nunca ha sido una mosquita muerta a la caza, con reclamo, de una subsecretaría, o un moscardón vivo en pos de representar la escena del sofá ministerial. Todo lo contrario. Lo mismo envía sus padrinos a Ava Gardner, que se pega con los masonazos de la C. I. A., que le escribe una epístola censoria a don Carlos Arias. Es un señor de rompe y rasga. Pero se ha empeñado en ser mítico, y eso le pierde. Es como el Cándido de Voltaire, que no era volteriano. El volteriano era Voltaire. Para aclamar a Oliveira Salazar se fue a Badajoz. Es como si Areilza, para aclamar a la monarquía, se fuese a Cangas de Onís. Es mítico, y es emblemático, y es simbólico. Toda su doctrina es una petición de principio engastada en una fraseología entresacada de la propaganda post-bélica. Dice cosas tan peregrinas como que con la monarquía «se mantiene la unidad de mando y de Poder», tal que si fuesen cuestiones antípodas, y en el mismo párrafo habla de «la unidad del pueblo y del Poder», lo que indica que el Poder es algo que no puede tener el

pueblo. Pura fraseología y lugar común, sin la más leve huella de rigor. Y es una pena. Porque don Blas Piñar es un verdadero sentimental de barricada, un líder nato para los momentos del ser o no ser, un capitán de Felipe II para la más desmesurada aventura equinoccial. Pero no un pensador para un pueblo. Eso no. A un señor que le dice, desde el periódico «Hoy», que ha ido a Badajoz buscando «francotiradores baratos», le responde que en Extremadura lo que hay son «hombres llenos de hidalguía, que fueron conquistadores de América o semidioses». No creo que el señor Piñar busque francotiradores, ni baratos ni caros. No es su carácter. Sin embargo, ¿cómo se puede decir que los hombres que «hay» en Extremadura «fueron» conquistadores de América o semidioses? Extremadura es una región, según dice el corresponsal de «Hoy», marginada. Una región desatendida, pospuesta, económica y socialmente. ¿Qué es eso tan grandilocuente, tan confundidor, de los «semidioses»? ¿A quién podríamos convencer con una vaciedad semejante? Don Blas Piñar es una figura romántica, una figura sorprendida en un gesto de grandeza heroica, la reproducción en cera de un mármol cesáreo. Pertenece, nos guste o no, a la cultura política española. Merece un lugar de honor en el museo de cera. ■ **LICANTROPO**